

MAURIZIO VIROLI, *Il Dio di Machiavelli e il problema morale dell'italia*, Edizioni Laterza, Roma-Bari, 2005. 299 páginas.

MAURIZIO VIROLI, *Machiavelli's God*, Princeton University Press, 2006.

Sólo una religión de la libertad, como puede serlo un cristianismo renovado erigido sobre sus principios iniciales, puede mantener vivo en cada ciudadano el amor a la libertad y la justicia. La renovación moral de Italia pasa entonces por una reforma de la fe cristiana, sin la cual ninguna república podrá librarse de la natural tendencia de las cosas a corromperse. Como expone Maurizio Viroli en su último ensayo, Niccolò Machiavelli no sugería ningún retorno al paganismo, ni tampoco defendía una concepción atea de la política. Desmarcándose así de las lecturas de John Pockok y de Isaiah Berlin, Viroli describe un Machiavelli cuyas críticas religiosas se centraban sobre un catolicismo culpable de haber hecho tabla rasa con la herencia moral, por lo que defendía la visión de una religión renovada según la virtud y la caridad de los antiguos, que hiciera renacer entre los hombres el amor del vivir libres, en plena consciencia de sus deberes, cumplidos a través de una *caritas* tan cristiana como republicana; una religión en suma, que contrastara con la mala educación moral que inculcaba el cristianismo dócil y ocioso del catolicismo de su tiempo.

Esta concepción republicana del cristianismo, que encontraba cierto consenso en el pensamiento humanista florentino, invitaba a concebir el bien común como algo cercano a la voluntad de Dios y a los fundadores ejemplares de naciones como amigos de Dios. Viroli subraya que la *renovatio* religiosa preconizada por Machiavelli se inscribe en una consolidada

tradicción, dentro del pensamiento humanista florentino, que contemplaba la conciliación del *ethos* republicano con un cristianismo renovado; de una gloria mundana con la gloria eterna. Éste es el contexto intelectual en el cual tendríamos entonces que entender la famosa frase que Machiavelli escribió en una carta a su amigo Vettori: "Amo a mi patria más que a mi alma".

Una religión cristiana renovada, defendía Machiavelli, es imprescindible para una república. Sin religión y sin temor a Dios, las repúblicas se precipitan en la corrupción, mientras que cultivando religiosamente el amor a la libertad perdura el soplo de vida que los fundadores dieron inicialmente a las constituciones. Viroli nos recuerda que Machiavelli alababa con un fervor aún más grande, al lado de Escipión, Rómulo o Teseo, a los fundadores de religiones tales como Numa y Moisés; dos hombres que fueron capaces de dar a la observancia de las leyes y los pactos una dimensión sagrada. Machiavelli confiaba también en la calidad retórica del cristianismo para mover las almas, y esto le desmarca, precisa Viroli, de la concepción revolucionaria de una religión política totalmente nueva, impuesta por fuerza de ley por Rousseau y los jacobinos europeos. Era, en este sentido, un reformista. Un reformista, contrariamente a Lutero, inexperto en cuestiones dogmáticas y teológicas. Machiavelli no concebía la religión como *instrumentum regni*, como se le ha podido reprochar tantas veces, sino como *instrumentum libertatis* que mantuviera virtuoso el *vivere civile*, enseñando a vivir

sin servir ni dominar y cuyo Dios tuviera el poder de entrar en el corazón de los hombres para darles la fuerza de vencer la corrupción moral y de amar la libertad como un don divino.

Viroli habla a lo largo de su ensayo de una reforma moral que en Italia nunca vio del todo la luz. De ahí que su último capítulo se dedique a trazar la fortuna de esta idea maquiaveliana de renovación republicana de la moral cristiana. Oscurecida por la contrarreforma y el jacobinismo, la idea de republicanismo cristiano continuó su camino; apareciendo entre los reformistas italianos exiliados en Basilea, los puritanos ingleses como James Harrington o Henri Neville, los pensadores políticos holandeses como Pieter de la Court o Baruch Spinoza, en Francia con Montesquieu y, por fin, entre los fundadores de la república de los Estados Unidos de América. En Italia, el fracaso de las repúblicas jacobinas no sólo apartó el proyecto reformador de Machiavelli sino que endureció la línea tradicional del catolicismo italiano. Reencontramos sin embargo el espíritu maquiaveliano, según Viroli, en Giacomo Leopardi quien anotaba en su *Zibaldone* que aquellos hombres que consideran la vida terrena como un exilio y que no se preocupan más que por “una patria situada en el otro mundo”, son más proclives a tolerar la tiranía. Sin embargo, el “cristianismo puro” sostenía Leopardi, tiene efectos benéficos sobre la virtud de los pueblos, tal y como demuestra la heroica resistencia de los españoles contra los franceses; mientras que el cristianismo corrupto destruye las buenas costumbres y aleja los pueblos del feliz estado de “civilidad media”, como enseña el ejemplo de la España de los “bajos tiempos”. Una idea

a la cual podríamos añadir de paso, toda una tradición del pensamiento republicano español encabezada por Emilio Castelar, que dedica numerosas obras a esta cuestión (*La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, *La revolución religiosa*, etc.).

El *Risorgimento* reabrió también el caso de la renovación moral de la religión cristiana. La lectura de Machiavelli en clave religiosa permitió a Francesco de Sanctis presentarle como el Lutero italiano. Oreste Tommasini percibió en los escritos del canciller florentino un íntimo deseo de *risorgimento* de la fe. Es, sin embargo, en pleno auge del fascismo cuando, según Viroli, intelectuales italianos como Piero Gobetti o Antonio Gramsci, realizaron la veracidad de la “profecía de Machiavelli” según la cual un pueblo debilitado moralmente por la mala educación se convierte en presa fácil para los tiranos. Para su reforma liberal, Gobetti preconiza la religión civil del ciudadano Machiavelli y no el “ruidoso programa del campesino Lutero”. En la misma época, Benedetto Croce individuaba en su *Storia di Europa* una religión de la libertad en los movimientos liberales del siglo XIX: “la figura heroica que hablaba a los corazones era aquella del poeta militante, del intelectual que sabe combatir y morir por sus ideas”; una figura que no se quedó en las exaltaciones de la imaginación y en los paradigmas educativos, sino que apareció en carne y hueso en los campos de batalla y las barricadas de toda Europa. Los misionarios tuvieron como compañeros a los cruzados de la libertad. Aunque sensible a la cuestión de la religión de la libertad, Croce apenas percibe en Machiavelli “signos de una austera y dolorosa cons-

ciencia moral” y de una religiosidad que no va más allá del estado de ánimo. Cuando el canciller florentino escribe que los estados tienen de vez en cuando que volver a sus raíces, Croce comenta que “Machiavelli, tratando del arte del estado se hace religioso”.

El fascismo, que Viroli describe en su ensayo como “el auténtico hijo de la mala educación religiosa” italiana, viene derrotado con la religión de la libertad de los *partigiani*. Una religión, dice Viroli, sin iglesias ni mesías, que hizo renacer en el alma de muchos la idea de “patria humana en la cual todos los hombres libres se reconocían y se entendían en el mismo idioma”. La resistencia tenía un carácter religioso puesto que imponía “seriedad de la vida, compromiso por los valores morales, coherencia entre el pensamiento y la acción”, según describió el intelectual y ex-resistente Piero Calamandrei. Al acabar la segunda guerra mundial y fundarse la primera república italiana sobre las ruinas del fascismo, el crítico literario Luigi Russo redescubre el significado del mensaje de Machiavelli en clave moral y religiosa, Machiavelli se hace profeta porque sabe que “sin *pathos* profético, sin renovación moral, sin conciencia civil”, principado y república no son más que utopías. Y es la fuerza de su realismo político lo que le impone buscar e imaginar al dios que manda la virtud civil.

La visión de Dios como punto de partida de la acción virtuosa en la república de Machiavelli es una hipótesis bien documentada y por lo menos seductora, que permite a Viroli hacer de la religión política el hilo conductor principal entre el pensamiento político florentino y la tradición republicana anglosajona; una intuición ya

presente en el ensayo de Sheldon Wolin sobre Tocqueville, donde califica el cristianismo estadounidense como una religión civil maquiaveliana. Maurizio Viroli afirma en la introducción de su ensayo seguir la senda del historiador Lucien Febvre, quien defendió la imposibilidad de *l'incroyance* en la época de François Rabelais. Febvre atacaba entonces al cronocentrismo de sus contemporáneos, que leían a Rabelais como un “precursor” desde el ateísmo ambiental de la tercera república francesa. Sin embargo, es difícil negar la existencia del paganismo en tiempos de Machiavelli. Ni tampoco la existencia de una corriente en Italia que, con Pietro Pomponazzi, negaba la inmortalidad del alma. Pero Maurizio Viroli en este ensayo busca menos reescribir la historia que interpretarla bajo una nueva luz. Ya demostró en ensayos anteriores que Machiavelli no era un científico, es decir, un precursor de una ciencia política libre de valores morales, sino un *retor*. Sólo cabía entonces encontrar la auténtica relación que establecía Machiavelli entre ética y política; una relación formulada desde un razonamiento retórico que hace, frente a la necesidad, lo deshonesto útil. La redescipción retórica hace virtuoso el saber entrar en el mal por necesidad de fundar o conservar un estado. Quien sepa hacerlo para emancipar Italia se ganará las amistades de Dios es decir, la gloria.

Viroli se interesa sobre todo por los efectos prácticos de la religión de la libertad en la república de Machiavelli, pero no se detiene en las consecuencias que implica concebir la omnipotencia como algo ajeno al ser humano. En palabras del Presidente Luigi Einaudi, los hombres que necesita la Europa de posguerra son

aquéllos que entonces Machiavelli deseaba capaces de “demostrar la vía de la salvación y de persuadir a quebrantar los ídolos vanos de la omnipotencia de estados impotentes, del totalitarismo, aliado con el nacionalismo y enemigo amargo de la libertad y de la independencia de las naciones”.

A la sonrisa mordaz que Viroli dio a Machiavelli en sus obras precedentes,

vemos dibujarse en filigrana, la humildad intelectual de un pensador político cristiano y sin dogmas. Una figura que Viroli presenta a los italianos de hoy como antídoto a la corrupción endémica de su clase política y empresarial. Como posible vía de reconciliación, en suma, entre ética y política.

CLÉMENT GODBARGE